

que todo el mundo trabaje, eso sí, porque las ruinas no se reconstruyen, pero en que todo hombre sea capaz de poseer, con la seguridad de que su justa posesión será respetada.

No; la Casa del Pueblo de Mallorca jamás pensará ni en despojar a los poderosos ni en hacer una revolución completamente estéril. Será, ante todo, un centro educador, y después, una organización disciplinada, dispuesta a colaborar con todos los Poderes constituidos en la labor de regeneración de la patria esquilmada y mísera. Figúraos una España que tuviera en todas sus villas y en todas sus aldeas una Casa del Pueblo donada por un millonario. Los aldeanos serían, sin excepción, cultos y pacíficos; los millonarios serían respetados y a su paso se descubrirían los obreros y los gañanes. No habría rebeldes y menos habría caciques; la reconciliación entre todas

las clases sociales sería firme y duradera.

¡Oh, capitalistas recelosos! No temáis a las Asociaciones campesinas y obreras que se acogen a la legalidad, que piden escuelas y leyes protectoras, que aspiran a no ser explotadas, pero nunca a destruir la propiedad privada legítima. Al edificar ese palacio del Trabajo, el millonario mallorquín ha alzado un baluarte contra la revolución y se ha asegurado para siempre la posesión de lo que justamente le pertenece. De que su acción desprendida tenga o no imitadores depende, tal vez, no ya en España, sino en todo el planeta, que las luchas sociales desaparezcan o que haya que resolverlas por los procedimientos crueles que en todas partes han fracasado.

ANTONIO ZOZAYA

HOMBRES NUEVOS Y NUEVOS HOMBRES

El personal gobernante a través de las revoluciones

LA política es un arte que requiere una profunda y dilatada experiencia. Una revolución puede derrocar un régimen: lo que no puede hacer es improvisar los instrumentos de gobierno. De aquí que todo nuevo edificio político esté construido, en buena parte, de materiales viejos. En la gran Revolución francesa, la Asamblea Constituyente está llena de hombres que han adquirido en los organismos del antiguo régimen la práctica de los negocios públicos. Una ley que no pareció, andando el tiempo, muy juiciosa, excluyó de la Asamblea Legislativa a cuantos habían formado parte de la Constituyente. Pero los miembros de las dos Asambleas revolucionarias vuelven a encontrarse en los bancos de la Convención. Ni aun en aquellos días turbulentos, de febril audacia innovadora, en que se pretendía hacer tabla rasa de todo lo existente, ofreció la fauna política el milagro de la generación espontánea...

El caso de Talleyrand es de los más sorprendentes que registra la Historia. Le vemos, primero, sirviendo a la Revolución, amigo y testamentario de Mirabeau, miembro de la Constituyente, embajador de Francia en Londres bajo el mando de los girondinos. Le vemos, después de la reacción de Thermidor, sirviendo al Directorio, amigo de Barras y ministro de Negocios Extranjeros. Napoleón, que utiliza su genio diplomático, lo hace príncipe de Benevento. Ministro de Negocios Extranjeros con la Restauración, es el representante de los Bor-

bones en el Congreso de Viena. Y la Monarquía de Julio llega todavía a tiempo de aprovechar sus servicios como embajador en la corte de Inglaterra. Ya comprenderá el lector que no se trata de un insólito caso de recompensa de la apostasía. Es empleo, en calidad de instrumento, de una capacidad técnica, profesional. Es también, acaso, el temor a un sutil y pérfido espíritu de intriga.

La flexibilidad del temperamento político francés, que tan maravillosos ejemplos de equilibrio inestable ofrece durante todo un siglo de revoluciones, nos muestra cómo lo viejo y lo nuevo se enlazan a través de los cambios y mudanzas de régimen. Después de Sedan, el hombre de la República es Thiers, el ex-primer ministro de Luis Felipe y gran enemigo de los republi-

canos en los días de revuelta que siguen a la instauración de la Monarquía de Julio. Y después, otro monárquico, Mac-Mahon, el viejo mariscal del Imperio. Gambetta, el verdadero fundador de la República, apenas si llega a gobernar. Y la etapa de mando de Ferry fué breve, aunque fecunda para las instituciones republicanas. El temperamento político español rechazaría seguramente las combinaciones que hicieron posible en Francia la permanencia de la República, y, al mismo tiempo, la defensa nacional. En el Ministerio de defensa republicana de Waldek-Rousseau, al lado de radicales ilustres, figura Gallifet, el general de la *Commune*. Y es Clemenceau, acusado de inmoral por nacionalistas, clericales y reaccionarios de toda laya, el hombre de Francia en los días más difíciles y angustiosos de la gran guerra...

En España, cuando, por obra de las circunstancias, vino la República sin que nadie la trajera, quisieron los republicanos que el nuevo régimen fuera exclusivamente para ellos. Y los monárquicos les siguieron el humor, apartándose de los comicios y dejándolos solos. La República española pretendió hacer tabla rasa de todo lo existente, y lo único que consiguió fué morir por asfixia. No murió por la insurrección cantonal, ni por la indisciplina militar, ni por la guerra civil, ni acabó con ella el atentado de Pavia. No la mató la violencia, sino el vacío. Murió en el salón de sesiones del Congreso como un pajarito en la campana de la máquina neumática.

Lo que ante todo necesita un régimen nuevo es un punto de apoyo. Y este punto de apoyo no puede encontrarlo fuera de la continuidad histórica. Es un programa demasiado ambicioso y demasiado peligroso el que expresan estas palabras: «tabla rasa»... Un movimiento político ha de tener forzosamente una dirección, que no puede ser otra, para ser firme y segura, que la dirección histórica. Y en esa dirección hay que ir como se pueda y con quien se pueda.

La revolución, una revolución honda, era en España una necesidad vital. Era cada día más urgente prescindir de todos los viejos políticos. Pero no como hombres, sino como sistema. No como personas, sino como idea y procedimiento. Con hombres nuevos puede perdurar el viejo régimen. Lo mismo da, por ejemplo, Luis XVIII que Luis Felipe. Thiers, en cambio, que era la Monarquía en el régimen de Julio, es la República después de Sedan. No es un hombre nuevo, pero es un nuevo hombre: el hombre de la nueva Francia.

ALVARO DE ALBORNOZ

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

EN VENTA:

Pinocho, Chapete y los Reyes Magos.

La ofensiva de Pinocho.

Pinocho y la Reina Comino

A € 1-00 cada uno